

# Aguas aéreas

## Un sueño vigilante e insomne

David Huerta

En mi memoria, la imagen cardinal de José Revueltas es la de un fogoso orador de 54 años. Aparece en el balcón de la Facultad de Filosofía y Letras, en Ciudad Universitaria, y le dirige un puñado de encendidas palabras a la multitud estudiantil. La tarde de ese agosto de 1968 es nubosa, llena de presagios, y los adolescentes y los jóvenes universitarios, atentos a las ideas del discurso, no saben nada, quizá, de la militancia ya legendaria de ese hombre: enviado a las Islas Marías en calidad de preso político a los 17 años de edad, arrestado por “actividades subversivas” en varias ocasiones, novelista de una feroz energía arcangélica, el joven hermano “de los ojos de diamante”, en el retrato poético dedicado a él por Efraín Huerta y “uno de los hombres más puros de México”, en palabras de Octavio Paz. Ellos, Paz, Huerta y Revueltas, forman la trilogía de grandes escritores de nuestro país nacidos en 1914, de quienes podemos legítimamente afirmar: son los “hijos de la Revolución Mexicana”. Dos poetas y un narrador: Mixcoac, Silao y Santiago Papasquiaro fueron sus lugares de nacimiento —dos provincianos y un capitalino, o casi, si aceptamos la pertenencia de Mixcoac a la gran ciudad en la segunda década del siglo xx. En 2014 celebraremos ese triple centenario mexicano.

Esos tres escritores definen entre nosotros una porción, acaso la más significativa, de la pasada centuria. Estos renglones dedicados a evocar a José Revueltas (una “evocación querida”, una evocación necesaria) quieren, entre otras cosas, además de recordarlo con amor, destacar un hecho poco conocido: José Revueltas también escribió poemas.

Revueltas habló en ese agosto de 1968 de “autogestión” y de “la vocación revolu-

cionaria de los jóvenes”. Pudieron ser otras las palabras, desde luego; pero eran formidables el impulso retórico, diáfano y lleno de convicción, y el fervor del discurso. Nos acompañó Revueltas y nos aconsejó a lo largo del Movimiento Estudiantil Popular como uno más de nosotros; luego cayó preso por asumir enteramente la dirección de las movilizaciones multitudinarias, de las grandes marchas de ese año, y pasó su último encierro carcelario rodeado de camaradas jóvenes. Lo dejé de ver durante unos cuantos años. Fue amnistiado. Lo reencontré en el gran auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras en un acto en apoyo a los chilenos victimados por el golpe de los generales traidores en el otro 11 de septiembre: el de 1973. Yo leí un poema en contra de esos militares infames y siempre recordaré la actitud de Revueltas durante mi lectura: hacía discretos gestos de aprobación con la cabeza, aplaudía debajo de la mesa, procurando no ser visto, se mostraba emocionado e indignado como en los mejores momentos de la militancia, de la dilatada, interminable lucha por la justicia y por la libertad. Su generosa felicitación por mi poema al término de esa reunión-mitín en defensa de la democracia en Chile es una de las prendas de oro de mi vida.

Va de anécdota. Una anécdota trunca, por desgracia; pudo ser gloriosa, pero se quedó a menos de medio camino. En los años ochenta, unos estudiantes preparatorianos se me acercaron para confiarme sus proyectos teatrales; era un poco extraño, pues no he sido, en realidad, gente de teatro. El principal proyecto consistía en montar una pieza en torno de la vida y la militancia de José Revueltas. Pero ¿buscarme a mí? ¿Cuál sería la razón de semejante extravagancia? Esos muchachos habían pensa-

do en proponerme interpretar el papel principal de la obra: el de José Revueltas. Me entusiasmé como pocas veces y a la postre nada resultó; aquella hermosa idea se desvaneció para siempre. Yo gustaba en esos años una barba casi idéntica a la de Revueltas cuando él estuvo preso en Lecumberri en su última estancia allí como preso político; barba entrecana, por cierto de mis *mid-thirties*. Los muchachos preparatorianos me vieron alguna vez con esa facha y les pareció ideal para su puesta en escena. A nadie se lo he contado hasta ahora, pero en mi departamentito hice unos cuantos “ensayos” solitarios para la escena: leía en voz alta algunos párrafos de *Material de los sueños*, con voz “teatral”, y me veía en el espejo en un intento de copiar o imitar los gestos de Revueltas.

La muy distintiva barba *a lo Ho Chi Minh* de José Revueltas, “barba de chivo”, aparecía en primerísimo plano en un cartel muy bonito —un fotomontaje, para ser precisos— en donde se anunciaban las dos salas cinematográficas del Centro Cultural Universitario: las llamadas “Julio Bracho” y “José Revueltas”. Aparecían los dos sentados en butacas contiguas, en una fusión artificial de imágenes, pero el cartel incurría en un error cronológico, casi histórico, diríase, por la importancia de los retratados: Revueltas estaba ahí de mayor edad; eso no es verdad: Bracho era cinco años más viejo... pero tan duranguense como su acompañante. (Hay un lugar en el estado de Durango con ese nombre, precisamente: *Bracho*; de ese sitio tengo noticias por la poeta Coral Bracho, parte de esa familia mexicana, tan semejante a la familia Revueltas por la diversidad de sus talentos).

El novelista y cuentista José Revueltas ha hecho olvidar al poeta José Revueltas, injus-

tamente. En el volumen titulado *Las cenizas*, en la serie de obras revueltianas publicada por Ediciones Era, aparecieron casi todos los versos del escritor; de ahí los tomó un investigador y editor de enorme talento, José Manuel Mateo, para publicar en octubre de 2011 un precioso volumen titulado *El propósito ciego*, aparecido con el sello editorial de Aldus. Desde luego, José Manuel Mateo reconoce y agradece el permiso y aun la colaboración de Andrea Revueltas y de Philippe Cheron en la preparación de la obra.

Revueltas no se tuvo mucha fe como poeta; pero sus poemas merecen una lectura y una atención como las dedicadas a ellos por José Manuel Mateo —falta todavía una comparecencia de los lectores de a pie, y para eso escribo estos renglones. Lo hecho por Mateo es de mucho valor, en términos estrictamente literarios: puso aparte los poemas revueltianos y los editó muy dignamente, con probidad filológica y con el mayor esmero, en un libro independiente; así le quitó a esos versos cierto aire de “rarezas”, inmerecido, a los poemas de José Revueltas y consumó un acto de justicia literaria. A esa decisión debemos ahora la posibilidad de ver en una edición única, en un solo lugar, los versos de José Revueltas, sus poemas. *El propósito ciego* resultó así un libro “nuevo” de Revueltas —un libro, debe decirse también, póstumo—, hecho con materiales de la más temprana juventud (de hace casi ochenta años).

\*\*\*

En 2014 celebraremos el centenario de esos tres autores mexicanos de 1914: Revueltas, Paz y Huerta. Las opiniones corrientes menos razonadas o menos documentadas sostienen algo sencillamente monstruoso: Huerta y Revueltas, hombres de izquierda, se oponen tajantemente a Octavio Paz, hombre “de derecha” y escritor totalmente diferente de aquéllos. Eso no únicamente es una falsedad malintencionada, venenosa; es casi una calumnia y ninguno de los tres se habría reconocido en ese contraste fundado en los horrores de la ideología.

Efraín Huerta le dedicó a Octavio Paz un poema escrito en 1964, cuando ambos



José Revueltas

(y Revueltas) cumplieron 50 años; se titula “Borrador para un testamento”. Revueltas le dedicó a Huerta un poema juvenil titulado “Nocturno de la noche”; yo, por lo menos, lo leo con emoción. He aquí unos versos de ese “Nocturno de la noche”:

Cuando la noche;  
cuando los espejos reciben el asombro  
[culpable de los adulterios  
y las sillas saben de las torpes pisadas;

cuando los libros se quedan abiertos  
[como una película de pronto detenida  
y los cigarrillos sólo son un recuerdo de  
[angustias y desvelos, quemados para  
siempre...

La anáfora de los “cuando” sigue durante varios versos hasta su “apertura” o “desembocadura”. Todos esos “cuando” desembocan en un “entonces” consecuente:

...entonces oigo torrentes furiosos de  
[semen que corre por las calles  
como entre caños de sombra y de  
[injurias...

Este desenlace sucede a la mitad del poema y éste continúa con esos acentos levemente apocalípticos, reverso de la “muerte sin fin” del poema gorosticiano de 1939: ¿no es lo contrario de la muerte interminable la angustiosa vitalidad fecunda de esos “torrentes furiosos de semen”? A los 22-23 años de edad (el poema está fechado en octubre de 1937), José Revueltas ya es el

arrebatado visionario de sus novelas, el escritor atento al “lado moridor”, el implacable testigo y protagonista de ojos diamantinos.

Efraín Huerta le dedicó a Revueltas un poema: “Revueltas: sus mitologías”, además de un canto emocionado a Angela Davis, fechado en enero de 1971 (en la dedicatoria se lee: “Para mi hermano José Revueltas, que está en Lecumberri”). Paz escribió sobre sus dos colegas y antiguos camaradas en varias ocasiones; al morir Efraín Huerta, en febrero de 1982, publicó una nota llena de tristeza y nostalgia en las páginas de la revista *Vuelta*. Cuando llegó a saludar a los deudos de Huerta en la agencia funeraria donde ocurría la velación, se veía genuinamente apesadumbrado. En un texto memorable sobre Revueltas, Paz presentaba su visión del gran novelista: hombre trágico, tocado o formado simultáneamente por el marxismo revolucionario y por una piedad cristiana de cristalinas y fuertes raíces, lleno de compasión, “un hombre puro”. Son éstos apenas unos magros apuntes de esa amistad de tres escritores; podrían enriquecerse y ampliarse muchísimo, tarea pendiente: podría y acaso debería cumplirse a lo largo del año 2014.

Lo cierto es la buena relación amistosa de esos tres autores y la impecable coexistencia de sus obras en el horizonte de la literatura mexicana moderna, imposible de entender sin referirse a escrituras tan distintas —como debe ser— pero con puntos de convergencia visibles para los lectores con una mirada limpia y sin prejuicios. ¿Importa de veras cuanto pudo separarlos en vida, más bien poco, nada decisivo? Esas diferencias se fueron cuando se fueron ellos; también sus errores, sus impacencias y sus excesos. Permanecen sus libros. Entre ellos, el hermoso puñado de poemas revueltianos agrupados bajo el expresivo y preciso título de *El propósito ciego*.

La frase “un sueño vigilante e insomne”, en el encabezado de esta “agua aérea”, proviene de dos versos de un poema revueltiano titulado “Soy un sueño...”. En *El propósito ciego* se lee una nota a propósito de esa composición: “Revueltas mecanografió este poema con grandes dificultades, pues se hallaba enfermo. El original fue corregido por Ema Barrón, quien anotó la fecha: 1972”. **U**